investigador o cuando la publicación de los resultados de la investigación afecta negativamente a los sentimientos o las vidas de los investigados. No existe un modo enteramente satisfactorio de tratar estas cuestiones, pero todo investigador debe ser consciente de tales dilemas.

Cuestiones para una posterior reflexión

1. Si la mayoría de los proyectos de investigación parte de ciertos problemas, ¿quién decide cuáles son?
2. ¿Por qué es tan importante concebir hipótesis concretas que puedan comprobarse o refutarse?
3. ¿Por qué es tan raro que el proceso de una investigación siga el curso previsto?
4. ¿Cómo puede el investigador minimizar la posibilidad de error y/o de sesgo?
5. ¿Hay métodos de investigación que sean más científicos que otros?
6. ¿Por qué es tan esencial distinguir entre correlación y causalidad?

Lecturas complementarias

Martin Hammersley y Paul Atkinson (1995): *Ethnography: Principles in Practice*, Londres, Routledge. [Ed. cast.: *Etnografía: métodos de investigación*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.]

Lee Harvey, Morag MacDonald y Anne Devany (1992): *Doing Sociology*, Londres, Macmillan.

Charles Ragin (1994): *Reconstructing Social Research: The Unity and Diversity of Method*, Thousand Oaks, California, Pine Forge Press.

Enlaces en Internet

Bath Information and Data Service
http://www.bids.ac.uk

BUBL: Servicio de información nacional británico para la comunidad que compone la educación superior
http://bubl.ac.uk/admin/purpose.htm

Census Information Gateway
http://census.ac.uk

Institute for Social and Economic Research (ESRC y la Universidad de Essex)
http://www.irc.essex.ac.uk

Market and Opinion Research International (MORI)
http://www.mori.com

Portal de Información en Ciencias Sociales (SOSIG)
http://www.sosig.ac.uk

21. El pensamiento teórico en sociología

Evaluar las perspectivas teóricas de la sociología es un gran reto y una labor ingente. Por definición, los debates teóricos son más abstractos que las polémicas de carácter empírico. El hecho de que no haya ninguna perspectiva teórica que domine toda la sociología podría considerarse una debilidad de la disciplina. Pero no es así. Por el contrario, el hecho de que haya teorías rivales que se zarandeen unas a otras da fe de la vitalidad de la empresa sociológica. Al estudiar a los seres humanos —a nosotros mismos— la variedad teórica nos rescata del dogma. El comportamiento humano es complicado y polifacético, y es muy improbable que una única perspectiva teórica pudiera abarcar todas sus vertientes. La diversidad del pensamiento teórico proporciona una rica fuente de ideas que puede utilizarse a la hora de investigar y que estimula esa imaginación tan esencial para el progreso de las obras sociológicas.

En las diferentes áreas de investigación en las que trabajan los sociólogos se han elaborado múltiples teorías. Algunas de ellas se plantean de forma muy precisa y, en ocasiones, se presentan incluso de forma matemática, aunque esto es más corriente en otras ciencias sociales (especialmente en economía) que en sociología.

Algunas teorías tratan de explicar muchas más cosas que otras, y existen diversas opiniones sobre hasta qué punto es deseable o útil para los sociólogos embarcarse en esfuerzos teóricos de gran alcance. El sociólogo estadounidense Robert Merton, por ejemplo, defiende enérgicamente la postura de que los sociólogos deben centrarse en lo que él llama *teorías de alcance medio* (Merton, 1957). En lugar de tratar de elaborar grandes sistemas teóricos, los sociólogos deberíamos ser más modestos.

Las teorías de alcance medio son lo suficientemente específicas como para poder ser contrastadas mediante la investigación empírica y lo suficientemente generales como para cubrir un abanico de fenómenos diversos. Un ejemplo es la teoría de la privación relativa,

que sostiene que el modo en que las personas evalúan sus circunstancias depende de con quién se comparen. Así, los sentimientos de privación no se corresponden directamente con el grado de pobreza material en que se encuentran los individuos (véase la p. 399). Una familia que viva en una pequeña casa de un barrio pobre en el que todos estén más o menos en las mismas circunstancias probablemente se sentirá menos desfavorecida que otra que viva en una casa similar, pero en un barrio en el que la mayoría de los hogares sean mayores y más ricos.

Sin duda es cierto que cuanto mayor es el alcance y las ambiciones de una teoría, más difícil resulta contrastarla empíricamente. Sin embargo, no parece existir una razón evidente para que el pensamiento teórico sociológico se limite al «alcance medio». Para entender por qué esto es así tomaremos como ejemplo la teoría que planteó Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (publicada originalmente entre 1904 y 1905). Ya hemos mencionado esta famosa obra en capítulos anteriores (véase el 12, «Las organizaciones modernas», en la p. 447, y el 17 «La religión», pp. 679-680).

Max Weber: la ética protestante

En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* Weber abordó una cuestión fundamental: por qué el capitalismo se desarrolló exclusivamente en Occidente. Durante quince siglos después del ocaso de la antigua Roma otras civilizaciones ocupaban una posición más destacada que Occidente en la historia mundial. En realidad, Europa era un área relativamente insignificante del globo, mientras que China, la India y el Imperio otomano en el Próximo Oriente eran potencias superiores. Los chinos, en particular, estaban a años luz de los europeos en cuanto a desarrollo tecnológico y económico. ¿Qué sucedió para que se produjese un salto radical en el desarrollo económico de Europa a partir del siglo XVII?

Para responder a esta pregunta, razona Weber, debemos saber lo que diferencia a la industria moderna de los anteriores tipos de actividad económica. Encontramos el deseo de acumular riqueza en civilizaciones muy diferentes, y ello no es difícil de explicar, ya que la gente ha valorado la riqueza por las comodidades, la seguridad, el poder y el gozo que puede proporcionar. Quiere verse libre de necesidades, y una vez que acumula riqueza la emplea para vivir más cómodamente.

Si nos fijamos en el desarrollo económico de Occidente, continúa Weber, encontramos algo muy diferente. Según este autor, existía una actitud hacia la acumulación de riqueza desconocida en la historia. Esta actitud es lo que Weber denomina el *espíritu del capitalismo*: el conjunto de creencias y valores que poseían los primeros comerciantes e industriales capitalistas. Estas personas mostraban una fuerte tendencia a acumular riqueza personal, pero, a diferencia de los ricos de otras zonas del mundo, no tenían la intención de emplearla para disfrutar de un estilo de vida basado en el lujo. Su forma de vida era ciertamente abnegado y frugal; vivían con austeridad y tranquilamente, rehuyendo las manifestaciones ordinarias de riqueza. Weber trata de demostrar que esta inusual combinación de características fue de vital importancia para que se comenzara a producir el desarrollo económico de Occidente, porque, a diferencia de los grupos opulentos de épocas anteriores y de otras culturas, los occidentales no dilapidaron su riqueza. Por el contrario, la reinvirtieron para favorecer la subsiguiente expansión de las empresas que dirigían.

El núcleo de la teoría de Weber contiene la idea de que las actitudes que se manifestaron en el espíritu del capitalismo procedían de la religión. El conjunto de la Cristiandad tuvo un papel en la promoción de esa actitud, pero la fuerza motora esencial provino del impacto del protestantismo y especialmente de una de sus versiones: el *puritanismo*. Los primeros capitalistas fueron en su mayoría puritanos, y muchos de ellos participaban de las ideas calvinistas. Weber sostiene que ciertas doctrinas calvinistas fueron la fuente directa del espíritu del capitalismo. Una de ellas mantenía que los seres humanos son el instrumento de Dios en la tierra y que el Todopoderoso les exige que tengan una *vocación*, una ocupación, que se haga para la mayor gloria divina.

El segundo aspecto importante del calvinismo era la idea de *predestinación*, según la cual sólo ciertos individuos predestinados se encuentran entre los «elegidos» que llegarán al cielo en la otra vida. En la doctrina original de Calvino nada de lo que hace una persona en la tierra puede influir en si está o no entre los elegidos, ya que esto se halla predeterminado por Dios. Sin embargo, esta creencia causó tal ansiedad entre sus seguidores que tuvo que ser modificada para que los creyentes pudiesen reconocer ciertos signos de elección.

El éxito conseguido en la propia ocupación, representado por la prosperidad material, se convirtió en el signo principal de que una persona era realmente una de las elegidas. Se creó un tremendo impulso hacia el éxito económico entre los grupos que estaban influidos por estas ideas. Sin embargo, esto iba unido a la necesidad que tenía el creyente de llevar una vida de austeridad y frugalidad. Los puritanos consideraban el lujo como un pecado y, por ello, la tendencia a acumular riqueza se dio junto a un estilo de vida severo y sin adornos.

Los primeros empresarios tenían poca conciencia de estar contribuyendo a la aparición de cambios sociales decisivos; se movían, sobre todo, por motivos religiosos. Posteriormente el estilo de vida ascético —es decir, abnegado— de los puritanos ha pasado a formar parte integral de la civilización moderna. Como escribió Weber:

> Los puritanos deseaban trabajar por vocación; nosotros nos vemos obligados a ello. De modo que, cuando se sacó el ascetismo de las celdas monásticas para llevarlo a la vida diaria, comenzó a dominar la moralidad mundana y tuvo su papel en la construcción del enorme cosmos del orden económico moderno [...]. Desde que el ascetismo emprendió la tarea de remodelar el mundo y de plasmar sus ideales en él los bienes materiales han obtenido un creciente y, al final, inexorable poder sobre las vidas de los hombres, de un modo que nunca antes se había conocido en la historia [...]. La idea de deber contenida en la propia vocación vaga por nuestras vidas como el fantasma de las creencias religiosas muertas. Cuando la realización de la vocación no está directamente relacionada con los más altos valores espirituales y culturales o cuando, por el contrario, no tiene por qué sentirse simplemente como una compulsión económica, el individuo suele abandonar cualquier intento de justificación. En los Estados Unidos, donde su desarrollo ha alcanzado las más altas cotas, el deseo de riqueza, separado de sus connotaciones éticas y religiosas, tiende a asociarse con las pasiones puramente mundanas... (Weber, 1976: 181-182).

La teoría de Weber ha sido criticada desde distintos ángulos. Algunos argumentan, por ejemplo, que la actitud que él denominó «espíritu del capitalismo» se encuentra en las primeras ciudades comerciales italianas mucho antes de que se hubiese siquiera oído hablar de calvinismo. Otros han señalado que la idea clave de «trabajar por vocación», que Weber asociaba con el protestantismo, ya existía en las creencias católicas. Sin embargo, muchos

siguen aceptando los puntos esenciales de la explicación de Weber y la tesis que propuso continúa siendo tan audaz y reveladora como cuando se formuló. Si esta tesis es válida, el desarrollo económico y social moderno ha estado decisivamente influido por algo que a primera vista parece estar muy lejos de él: un conjunto de ideales religiosos.

La teoría de Weber reúne una serie de criterios de gran importancia para el pensamiento teórico sociológico.

1. Es contraintuitiva: plantea una interpretación que rompe con lo que nos dicta el sentido común. De este modo, la teoría desarrolla una perspectiva nueva sobre los temas que trata. La mayor parte de los autores anteriores a Weber no reflexionó lo suficiente sobre la posibilidad de que los ideales religiosos hubieran podido tener un papel fundamental en el origen del capitalismo.
2. La teoría da sentido a algo que de otro modo sería enigmático: por qué habrían de vivir los individuos de forma frugal cuando estaban realizando un gran esfuerzo por acumular riqueza.
3. La teoría arroja luz sobre una serie de circunstancias que van más allá de las que originalmente pretendía explicar. Weber subrayó que sólo trataba de aclarar los orígenes del capitalismo. No obstante, parece razonable suponer que en otras situaciones en las que triunfó el desarrollo del capitalismo existieran valores paralelos a los promulgados por los puritanos.
4. Una buena teoría no es sólo la que resulta válida, sino la que es *provechosa* en razón de su capacidad para generar ideas nuevas y para estimular investigaciones posteriores. La teoría de Weber ha resultado muy satisfactoria a este respecto y ha sido el punto de partida de una enorme cantidad de investigaciones y nuevas teorías.

Dilemas teóricos

El debate sobre *La ética protestante* aún continúa, al igual que otras polémicas sobre la obra de Weber. Las ideas desarrolladas por los pensadores clásicos, así como las de perspectivas teóricas posteriores, analizadas en el capítulo 1, siguen produciendo desacuerdos.

Existen diversos dilemas teóricos básicos —puntos de controversia o disputa constante— que se ponen de manifiesto a través de estos choques, y algunos de ellos se refieren a cuestiones generales relacionadas con el modo de interpretar los asuntos humanos y las instituciones sociales. A continuación exponemos cuatro de estos dilemas.

(1) El primer dilema se plantea en relación con la *acción humana* y la *estructura social*. El problema es el siguiente: ¿hasta qué punto somos actores creativos que controlan activamente las condiciones de sus vidas o, por el contrario, gran parte de lo que hacemos es el resultado de fuerzas sociales generales que escapan a nuestro control? Esta pregunta siempre ha producido, y continúa produciendo, una división entre los sociólogos. Por ejemplo, Weber y los interaccionistas simbólicos recalcan los componentes activos y creativos del comportamiento humano. Otros enfoques, como el de Durkheim, resaltan la naturaleza condicionante de las influencias sociales sobre nuestras acciones.

(2) El segundo dilema teórico se refiere al *consenso* y al *conflicto* en la sociedad. Como hemos visto, algunas posturas dentro de la sociología, incluyendo el funcionalismo, subrayan el orden y la armonía inherentes a las sociedades humanas. Aquellos que adoptan esta perspectiva conciben la continuidad y el consenso como las características más evidentes de las sociedades, a pesar de los cambios que puedan experimentar en el tiempo. Por el contrario, otros sociólogos acentúan la omnipresencia del conflicto social. Para ellos las sociedades están llenas de divisiones, tensiones y luchas. Así, resulta ilusoria la idea de que las personas tienden a vivir amigablemente unas con otras la mayor parte del tiempo, ya que, incluso cuando no se producen confrontaciones abiertas, siguen existiendo profundas divisiones de intereses que en un determinado momento pueden estallar y dar lugar a conflictos activos.

(3) El tercero es un dilema básico que apenas aparece en las corrientes sociológicas tradicionales pero del que ya no puede prescindirse por más tiempo. Plantea cómo podemos incorporar de forma satisfactoria el *género* al análisis sociológico. Todas las figuras importantes de la historia de la teoría sociológica han sido hombres, y sus obras apenas prestaron atención al hecho de que los seres humanos tienen género (Sydie, 1987). En sus escritos los individuos parecen «neutros», son «actores» abstractos, en vez de hombres y mujeres diferenciados. El hecho de que haya pocos elementos en común entre los problemas del género y las corrientes teóricas más establecidas en sociología quizás sea la razón de que en la actualidad este dilema sea el más difícil de resolver.

El siguiente es uno de los problemas teóricos más importantes en relación con el «género»: ¿tenemos que desarrollarlo como categoría general dentro del pensamiento sociológico o, por el contrario, hemos de analizar los problemas de género dividiéndolos en las influencias más específicas que afectan al comportamiento de las mujeres y de los hombres en cada contexto? Dicho de otro modo: ¿hay en todas las culturas características que separen al hombre y a la mujer en razón de su identidad y comportamiento social? o ¿acaso las particularidades de género siempre hay que explicarlas en función de otras diferencias que dividen a las sociedades (como los factores de clase)?

(4) El cuarto dilema no se refiere tanto a las características generales del comportamiento humano o del conjunto de una sociedad cuanto a los rasgos del *desarrollo social moderno*. Concierne a las influencias decisivas que afectan a los orígenes y a la naturaleza de las sociedades modernas, y surge de las diferencias entre los enfoques no marxistas y los marxistas. Este dilema se resume en la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto el mundo moderno es producto de los factores económicos que señaló Marx, en concreto, los mecanismos del sistema económico capitalista? o, por otro lado, ¿en qué medida otras influencias (factores sociales, políticos o culturales) han contribuido a configurar el desarrollo social en la época moderna? Este conjunto de preguntas es tan fundamental para la teoría sociológica que vamos a abordar con cierto detalle las diferentes ideas que se han desarrollado a propósito de él.

Dilema 1: estructura y acción

Una de las preocupaciones centrales de Durkheim y de otros muchos sociólogos posteriores ha sido el hecho de que la sociedad a la que pertenecemos ejerza una **constricción so-**

cial sobre nuestras acciones. Durkheim sostenía que la sociedad prima sobre el individuo. La sociedad es mucho más que la suma de los actos individuales; posee una «firmeza» o «solidez» comparable a las estructuras del entorno natural. Pensemos en una persona que se encuentra en una habitación con varias puertas. La estructura de la habitación limita el abanico de sus posibles actividades y la posición de las paredes y puertas, por ejemplo, define las rutas de entrada y salida. De forma paralela, según Durkheim, la estructura social limita nuestras actividades, marcando los límites de lo que como individuos podemos hacer. Es «exterior» a nosotros, al igual que las paredes de la habitación.

Este punto de vista lo expresa Durkheim en un célebre párrafo:

> Cuando cumplo con mis obligaciones como hermano, marido o ciudadano y con los compromisos que he aceptado, cumplo con una serie de obligaciones definidas por la ley y la costumbre y que son externas a mí mismo y a mis acciones [...]. De modo similar, el creyente descubre tras el nacimiento, y luego desarrolla, las creencias y prácticas de su vida religiosa; si existen antes que él, de ello se deduciría que existen fuera de él. El sistema de signos que empleo para expresar mis pensamientos, el sistema monetario que utilizo para pagar mis deudas, los instrumentos crediticios de los que me sirvo en mis relaciones comerciales, las pautas que sigo dentro de mi profesión, etc., todas estas cosas funcionan independientemente del uso que yo haga de ellas. Considerando por separado a cada miembro de la sociedad, las siguientes observaciones podrían aplicarse a cada uno de ellos (Durkheim, 1982: 50-51).

Aunque el punto de vista de Durkheim tiene muchos adeptos, también ha recibido duras críticas. ¿Qué es la «sociedad» —se preguntan los críticos— sino la suma de múltiples acciones individuales? Si estudiamos un grupo no vemos una entidad colectiva, sólo individuos que interactúan entre sí de diversos modos. La «sociedad» se compone simplemente de numerosos individuos que actúan de una forma regular en relación con los demás. Desde el punto de vista de los críticos (entre los que se incluye la mayoría de los sociólogos influidos por el interaccionismo simbólico), como seres humanos tenemos razones para hacer lo que hacemos, además de vivir en un mundo social lleno de significados culturales. Para ellos, los fenómenos sociales *no* son exactamente «cosas», sino que dependen de los significados simbólicos que asignamos a nuestros hechos. No somos *criaturas* de la sociedad, sino que somos sus *creadores*.

Valoración

Lo más probable es que esta polémica no se resuelva nunca, ya que ha existido desde que los pensadores modernos trataron de explicar sistemáticamente el comportamiento humano. Además, es un debate que no se restringe a la sociología, sino que preocupa a los expertos de todas las ciencias sociales. Cada uno debe decidir, después de reflexionar sobre lo que se ha dicho en este libro, la posición que considera más acertada.

Sin embargo, pueden exagerarse las diferencias entre ambas perspectivas. Aunque ninguna de las dos es absolutamente correcta, fácilmente podemos apreciar que existen conexiones entre ellas. La perspectiva de Durkheim es válida en ciertos aspectos. Las instituciones sociales preceden, de hecho, a cada individuo; también resulta evidente que nos imponen restricciones. Por ejemplo, yo no he inventado el sistema monetario que existe en

Gran Bretaña. Tampoco puedo elegir entre emplearlo o no si lo que quiero es disfrutar de los bienes y servicios que se compran con dinero. El sistema monetario, como toda institución creada, existe independientemente de cada uno de los miembros de la sociedad y condiciona sus actividades.

Erving Goffman

Por otro lado, es ciertamente erróneo suponer que la sociedad es «exterior» a los individuos del mismo modo que el mundo físico, ya que éste seguiría existiendo con o sin seres humanos, mientras que decir lo mismo de la sociedad carece totalmente de sentido. Aunque la sociedad sea exterior a cada uno de los individuos, no puede serlo, por definición, al conjunto de *todos* ellos.

Además, aunque los que Durkheim llama «hechos sociales» puedan condicionar nuestras acciones, no las *determinan*. Uno podría elegir vivir sin dinero, si está lo suficientemente decidido, aun sabiendo las dificultades que encontrará para sobrevivir día a día. Como seres humanos, siempre elegimos y no nos limitamos a responder pasivamente a lo que ocurre a nuestro alrededor. El modo más satisfactorio de establecer un puente de unión entre el enfoque «estructural» y el de la «acción» consiste en admitir que todos participamos *activamente en la construcción y reconstrucción* de la estructura social en el curso de nuestras actividades cotidianas. Por ejemplo, el hecho de que utilicemos el sistema monetario contribuye en una parte mínima, aunque necesaria, a la existencia misma de dicho sistema. Si todos, o incluso la mayoría de la gente, decidieran en un momento dado dejar de utilizar el dinero, el sistema monetario desaparecería.

Como mencionamos en el capítulo 1, un término útil para analizar este proceso de construcción y reconstrucción activa de la estructura social es el de *estructuración*. Este concepto lo ha introducido recientemente en la sociología el autor de este libro (Anthony Giddens). La «estructura» y la «acción» no pueden dejar de estar relacionadas. Las sociedades, comunidades o grupos sólo tendrán «estructura» cuando las personas se comporten de forma regular y bastante predecible. Por otra parte, la «acción» sólo es posible porque cada uno de nosotros, como individuos, posee una enorme cantidad de conocimiento socialmente estructurado. La mejor forma de explicar esto es mediante un ejemplo procedente del lenguaje. Éste, para poder existir, debe estar socialmente estructurado: tiene propiedades que todos los hablantes deben respetar. Por ejemplo, lo que alguien dice en un determinado contexto no tendría sentido si no siguiera ciertas reglas gramaticales. Sin embargo, las cualidades estructurales del lenguaje sólo existen si el habla de cada uno de sus usuarios respeta esas reglas en la práctica. El lenguaje sufre constantemente un proceso de estructuración.

Erving Goffman y otros pensadores de la interacción social analizados en el capítulo 4 tienen bastante razón cuando indican que todos los agentes humanos tienen muchos cono-

cimientos. Como seres humanos, somos lo que somos porque respetamos un complejo conjunto de convenciones: por ejemplo, los rituales que respetan en la calle personas que no se conocen. Por otra parte, al aplicar esos conocimientos a nuestras acciones damos fuerza y contenido a las propias normas que utilizamos. La estructuración siempre presupone lo que el autor denomina «la dualidad de la estructura». Esto significa que todas las acciones sociales parten de la base de que existe una estructura. Pero, al mismo tiempo, la «estructura» presupone la existencia de la acción, porque la primera depende de las regularidades del comportamiento humano.

Dilema 2: consenso y conflicto

También resulta útil referirse a Durkheim para contrastar las perspectivas del *consenso* y del *conflicto*. Para este autor la sociedad está constituida por una serie de partes independientes. De hecho, para muchos autores funcionalistas, la sociedad es un *todo integrado* que se compone de estructuras que forman un engranaje. Esta idea concuerda bastante con el énfasis que pone Durkheim en el carácter condicionante «exterior» de los «hechos sociales». Sin embargo, la analogía aquí no se establece con las paredes de un edificio, sino con el cuerpo humano.

Un cuerpo consiste en varias partes especializadas (como el cerebro, el corazón, los pulmones, el hígado, etc.) y cada una de ellas participa en el mantenimiento de la vida del organismo. Todas trabajan necesariamente en armonía unas con otras; si no lo hacen, la vida del organismo está en peligro. Así ocurre, según Durkheim, con las sociedades, ya que para que éstas tengan una existencia prolongada en el tiempo sus instituciones especializadas (como son el sistema político, la religión, la familia y el sistema educativo) deben trabajar armónicamente. Por tanto, la pervivencia de una sociedad depende de la cooperación, para la cual se requiere un acuerdo o consenso general entre sus miembros sobre una serie de valores básicos.

Los que se centran principalmente en el conflicto tienen un punto de vista muy distinto. Los presupuestos que les guían pueden esbozarse fácilmente tomando como ejemplo la explicación marxista del conflicto de clase. Para Marx, las sociedades se dividen en clases cuyos recursos son desiguales. Al existir estas considerables desigualdades, también hay divisiones respecto al interés que son «inherentes» al sistema social. Los conflictos de intereses se convierten en un momento dado en luchas entre las clases, que pueden generar procesos de cambio radical. No todos los autores que están influidos por este punto de vista se centran en las clases tanto como Marx. Otras divisiones se consideran igualmente importantes a la hora de producir conflictos, por ejemplo las diferencias entre grupos raciales o facciones políticas. Cualquiera que sea el grupo en el que se haga más hincapié, se considera que la sociedad está *llena de tensiones*: incluso el sistema social más estable presenta un delicado equilibrio de grupos antagónicos.

Valoración

Al igual que ocurre con la estructura y la acción, no es probable que este debate teórico pueda agotarse completamente. Sin embargo, una vez más, la diferencia entre los puntos de

vista del consenso y del conflicto parece mayor de lo que es. Las dos posiciones no son en absoluto incompatibles. Probablemente en todas las sociedades haya algún tipo de acuerdo general acerca de los valores, y está claro que en todas existe conflicto.

Además, por regla general, en el análisis sociológico siempre hay que examinar las conexiones que existen *entre* el consenso y el conflicto dentro de los sistemas sociales. Los valores existentes en cada grupo y los objetivos de sus miembros suelen reflejar una mezcla de intereses comunes y opuestos. Por ejemplo, incluso en la descripción que hace Marx de la lucha de clases, cada una de éstas comparte con las demás ciertos intereses comunes, al tiempo que existe una fuerte oposición entre ellas. Así, los capitalistas dependen de la fuerza de trabajo para sus empresas, del mismo modo que los trabajadores dependen de ellos para obtener su salario. En tales circunstancias el conflicto no es continuo, sino que en ciertas ocasiones lo que ambas partes tienen en común supera sus diferencias, mientras que en otras ocurre lo contrario.

Un concepto de gran utilidad a la hora de analizar las interrelaciones entre conflicto y consenso es el de *ideología*, es decir, los valores y creencias que ayudan a garantizar la posición de los grupos más numerosos a costa de la de los más débiles. El poder, la ideología y el conflicto siempre están estrechamente vinculados. Muchos conflictos *tienen que ver* con el poder, por las compensaciones que éste brinda. Los que tienen más poder quizá dependan principalmente de la influencia de la ideología para mantener su dominio, pero, generalmente, también pueden utilizar la fuerza si es necesario. Por ejemplo, en la época feudal el dominio de la aristocracia se basaba en la idea de que una minoría «nacía para gobernar», pero era frecuente que los aristócratas en el poder recurrieran a la violencia contra los que se atrevían a oponérseles.

Dilema 3: el problema del género

Las cuestiones relativas al género no suelen ocupar un lugar preferente en la obra de las figuras principales que han elaborado el marco de la sociología moderna. Sin embargo, los escasos pasajes en los que tocan este tema nos permiten, al menos, esbozar las líneas generales de un dilema teórico fundamental, aunque el escaso material existente en sus obras no ayude a resolverlo. La mejor manera de describir este dilema es contrastar un tema que surge ocasionalmente en los escritos de Durkheim con otro que aparece en los de Marx. En un momento de su análisis sobre el suicidio, Durkheim señala que el hombre es «casi totalmente producto de la sociedad», mientras que la mujer es «en mucho mayor grado producto de la naturaleza». Extendiéndose en estas observaciones, dice del hombre: «sus gustos, aspiraciones y sentido del humor tienen mayoritariamente un origen colectivo, mientras que los de su compañera están más directamente influidos por su organismo. Sus necesidades son, por tanto, notablemente diferentes de las de ella...» (Durkheim, 1952: 385). En otras palabras, mujeres y hombres poseen identidades, gustos e inclinaciones diferentes porque ellas están menos socializadas y se encuentran más «próximas a la naturaleza» que ellos.

Nadie aceptaría hoy día una afirmación que se enunciara de este modo. La identidad femenina depende tanto de la socialización como la del hombre. Sin embargo, si se modifica levemente, la afirmación de Durkheim representa un posible punto de vista sobre la forma-

Judith Butler

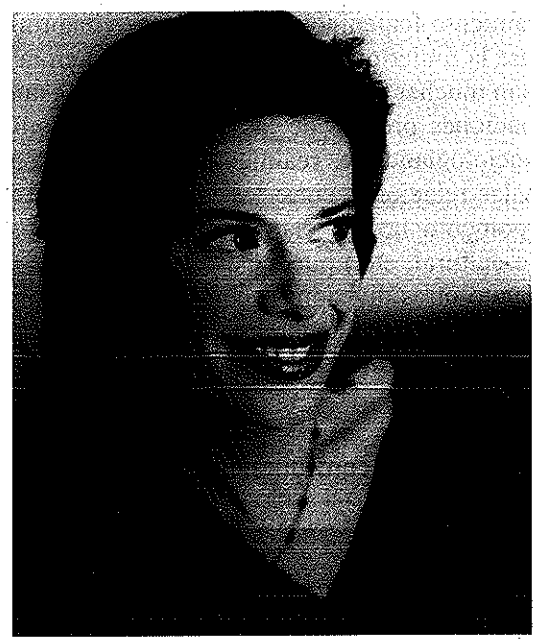
ción y naturaleza del género, según el cual las diferencias entre los géneros se deben principalmente a las variaciones biológicas que hay entre hombres y mujeres. Esta perspectiva no implica necesariamente que las diferencias de género sean fundamentalmente innatas. Más bien presupone que la posición social y la identidad de la mujer vienen determinadas en gran parte (como sugiere Chodorow; véase el capítulo 5, «Género y sexualidad») por su capacidad reproductora y por el cuidado de los hijos. Si este punto de partida es correcto, entonces las diferencias de género están profundamente arraigadas en todas las sociedades. Las diferencias de poder entre la mujer y el hombre reflejan el hecho de que ellas crían a los hijos y son las que más se ocupan de ellos, mientras que los hombres son activos en las esferas «públicas» de la política, el trabajo y la guerra.

La perspectiva de Marx es radicalmente contraria a la anterior, ya que para este autor las diferencias de poder y estatus entre la mujer y el hombre son reflejo principalmente de otras divisiones, especialmente las de clase. De acuerdo con Marx, en las formas primarias de la sociedad humana no existían ni divisiones de género ni de clase. El poder de los hombres sobre las mujeres surge con la aparición de las divisiones de clase. Las mujeres se convierten en una forma de «propiedad privada» de los hombres mediante la institución del matrimonio, y se liberarán de esta situación de esclavitud cuando las divisiones de clase sean abolidas. Tampoco habrá, en este caso, muchos, si es que hay alguno, que acepten hoy este análisis, pero podría resultar más plausible si generalizáramos un poco más. Las clases no son el único factor causante de las divisiones sociales que afectan al comportamiento del hombre y de la mujer. Otros factores influyentes son la etnicidad y el bagaje cultural. Por ejemplo, podría decirse que las mujeres pertenecientes a una minoría (como los negros en los Estados Unidos) tienen más puntos en común con los hombres de esa minoría que con las mujeres del grupo mayoritario (a saber, las mujeres blancas). También se podría decir que las mujeres de una cultura determinada (como las de una de cazadores y recolectores) tienen más características en común con los varones de esa cultura que con las mujeres de una sociedad industrial.

La aparición del movimiento feminista en las últimas décadas ha producido cambios radicales en la sociología y en otras disciplinas. El feminismo ha propiciado un ataque generalizado al sesgo masculino que esta tendencia percibe en las teorías y los métodos de la sociología. No sólo se ha puesto en tela de juicio el dominio del hombre en la disciplina, sino que también se ha pedido que ésta se reconstruya de manera exhaustiva, tanto en lo relativo a su núcleo como en la presentación de los análisis que lo rodean.

Las perspectivas sociológicas feministas subrayan la importancia capital que tiene el género para el análisis del mundo social. Aunque la diversidad de enfoques del feminismo dificulta las generalizaciones, podemos decir con seguridad que la mayoría de sus partidarias

están de acuerdo en que el conocimiento está absolutamente imbricado con cuestiones relativas al sexo y al género. Como los hombres y las mujeres tienen diferentes experiencias y ven el mundo desde distintas perspectivas, no elaboran de la misma forma su interpretación del mundo. Las feministas señalan con frecuencia que la teoría sociológica tradicional ha negado la importancia capital que tiene el género para el conocimiento o ha hecho caso omiso de ella y que, por tanto, ha proyectado concepciones del mundo social que están completamente dominadas por el hombre. Tradicionalmente, los hombres han ocupado puestos de poder y de autoridad en la sociedad y, según las feministas, tienen interés en mantener sus privilegios. En estas condiciones, el conocimiento determinado por el género se convierte en una fuerza vital a la hora de perpetuar la situación social establecida y de legitimar la dominación que ejerce el hombre.



Susan Faludi

Algunas autoras feministas han señalado que es un error suponer que los «hombres» o las «mujeres» sean grupos con sus propios intereses o características. Algunas de esas autoras, como Judith Butler (1999), están influidas por el pensamiento posmoderno, que se analiza más adelante (véase la p. 843). Según Butler, el género no es una categoría fija, sino que es algo que fluye y se muestra más en lo que hace la gente que en lo que es.

Susan Faludi se ha ocupado de asuntos similares. En su reciente obra sobre la masculinidad (1999), Faludi demuestra que la idea de que los hombres dominan en todas las esferas es un mito. Por el contrario, en el mundo actual, que se supone que los hombres poseen y dirigen, se está produciendo una crisis de la masculinidad. Algunos grupos de hombres todavía tienen confianza en sí mismos y sienten que controlan la situación; otros muchos sienten que se les margina y que no se les respeta. El éxito que, al menos, ciertas mujeres han alcanzado explica en parte esta situación, pero también lo hacen ciertos cambios en el ámbito laboral. Por ejemplo, el impacto de las tecnologías de la información ha hecho que un número enorme de hombres poco cualificados resulte superfluo para la sociedad.

Evaluación

Las cuestiones que plantea este tercer dilema son de una enorme importancia y están íntimamente vinculadas con el desafío que las autoras femeninas han lanzado contra la sociología. Seriamente, nadie puede negar que gran parte del análisis sociológico del pasado ha prescindido de las mujeres o ha operado con interpretaciones de la identidad y el compor-

tamiento femeninos profundamente inapropiadas. A pesar del gran número de estudios sobre la mujer que se ha llevado a cabo en la sociología de los últimos veinte años, aún quedan muchas áreas en las que siguen sin estudiarse suficientemente las actividades y preocupaciones propias de las mujeres. Sin embargo, «introducir el estudio de la mujer en la sociología» no es realmente lo mismo que abordar problemas de género, ya que éste afecta a las relaciones entre las identidades y el comportamiento de mujeres *y* hombres. Por el momento, no está claro en qué medida otros conceptos sociológicos (clase, etnicidad, bagaje cultural, etc.) pueden ayudar a explicar las diferencias de género, ni tampoco hasta qué punto otras divisiones sociales han de explicarse desde esta perspectiva. Sin duda, algunas de las principales tareas explicativas de la sociología en el futuro dependerán de que se aborde este dilema de forma convincente.

Dilema 4: la configuración del mundo moderno

La perspectiva marxista

Las obras de Marx representaron un poderoso desafío para el análisis sociológico, y aún siguen siéndolo. Desde la época de Marx hasta hoy muchos debates de esta disciplina se han centrado en las ideas planteadas por este autor respecto al desarrollo de las sociedades modernas. Como se ha señalado anteriormente, para Marx dichas sociedades son *capitalistas*. La fuerza rectora que subyace tras el cambio social en la era moderna es la presión hacia una transformación económica constante, que es parte clave de la producción capitalista. Desde el punto de vista económico, este sistema es mucho más dinámico que cualquiera de los precedentes. Los capitalistas pugnan entre sí para vender bienes a los consumidores y, para sobrevivir en un mercado competitivo, las empresas deben producir sus mercancías de la forma más barata y con la mayor eficiencia posible. Este proceso conduce a una constante innovación tecnológica, porque ésta y el aumento de la eficiencia que conlleva hacen que las empresas puedan sacar ventaja a sus rivales.

También se incentiva mucho la búsqueda de nuevos mercados en los que vender bienes, adquirir materias primas baratas y utilizar una fuerza laboral a bajo coste. Por lo tanto, el capitalismo, según Marx, es un sistema que se extiende incansablemente por todo el mundo. Así es como Marx explica la expansión global de la industria occidental.

La interpretación que Marx hace de la influencia del capitalismo ha tenido muchos seguidores, y autores posteriores han refinado considerablemente la exposición que él hizo. Por otra parte, ha habido numerosos críticos que, dispuestos a refutar su punto de vista, han ofrecido análisis alternativos sobre las influencias que configuran el mundo moderno. Casi cualquiera puede aceptar que el capitalismo *ha* tenido un papel primordial en la creación del mundo actual. Sin embargo, hay sociólogos que han señalado que Marx exageró las consecuencias que tienen los factores puramente *económicos* a la hora de generar cambios y que el capitalismo es *menos crucial* para el desarrollo moderno de lo que él apuntó. La mayoría de estos autores también se han mostrado escépticos ante el presupuesto marxista de que, finalmente, un sistema socialista sustituiría el capitalismo. Podría decirse que su escepticismo se ha visto corroborado con los acontecimientos que han venido teniendo lugar desde 1989 en Europa del Este.

Comparación entre Marx y Weber

Ideas marxistas generales	Ideas weberianas generales
La dinámica principal del desarrollo moderno es la expansión de los mecanismos económicos capitalistas.	La principal dinámica del desarrollo moderno es la racionalización de la producción.
Las sociedades modernas están plagadas de desigualdades de clase que son inherentes a su propia naturaleza.	La clase es uno de los muchos factores de desigualdad —como la que hay entre hombres y mujeres— que existen en las sociedades modernas.
Las grandes divisiones en cuanto al poder, como las que afectan a la diferente posición del hombre y de la mujer, proceden en última instancia de las desigualdades económicas.	En el sistema económico, el poder puede separarse de otros elementos. Por ejemplo, la desigualdad entre hombre y mujer no puede explicarse en función de factores económicos.
Las sociedades modernas, tal y como las conocemos hoy (sociedades capitalistas), tienen un carácter transitorio: cabe esperar que se reorganicen radicalmente en el futuro. El socialismo, de uno u otro tipo, desplazará finalmente al capitalismo.	La racionalización se incrementará en el futuro en todas las esferas de la vida social. Todas las sociedades modernas dependen de las mismas formas fundamentales de organización económica y social.
La expansión de la influencia occidental en el mundo es principalmente el resultado de las tendencias expansionistas de la iniciativa capitalista.	El impacto mundial de Occidente proviene de su control de los recursos industriales y de su mayor poder militar.

El punto de vista de Weber

Uno de los primeros y más agudos críticos de Marx fue Max Weber, cuyas obras han sido descritas como una lucha constante con el «fantasma de Marx», es decir, con su legado intelectual. La posición alternativa que Weber elaboró mantiene su importancia hoy en día. Para él los factores no económicos han tenido un papel clave en el desarrollo social moderno. La aclamada y discutida obra de Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* señala que los valores religiosos —especialmente los asociados con el puritanismo— tuvieron una importancia fundamental en la creación del capitalismo, cuyo perfil no surgió, como supuso Marx, de las transformaciones económicas en sí mismas.

La interpretación que hizo Weber de la naturaleza de las sociedades modernas y de las razones para que se extendieran las formas de vida occidentales por todo el mundo con-

trasta sustancialmente con la de Marx. Según Weber, el capitalismo —una forma determinada de organizar la iniciativa económica— es sólo uno de los factores principales en la configuración del desarrollo social en el período moderno. El impacto de la *ciencia* y de la *burocracia* subyace en los mecanismos económicos capitalistas, y en muchos aspectos es crucial para él. La ciencia ha configurado la tecnología moderna y, probablemente, seguiría haciéndolo en una posible sociedad socialista. La burocracia es la única forma de organizar a grandes grupos de personas de forma eficiente y, por lo tanto, es inevitable que se expanda con el crecimiento económico y político. Weber relaciona el desarrollo de la ciencia, la tecnología moderna y la burocracia con la racionalización, que es organizar la vida social y económica según principios de eficiencia basados en conocimientos técnicos.

Evaluación

¿Qué interpretación de las sociedades modernas es correcta, la que se deriva de Marx o la que procede de Weber? Una vez más, los académicos están divididos. En el recuadro adjunto figuran algunas de las diferencias (hay que recordar que dentro de cada opinión hay variaciones, de forma que los teóricos no estarán de acuerdo con todos los puntos de su tendencia).

Los contrastes entre marxistas y weberianos inspiran diversas áreas de la sociología e influyen no sólo en cómo se analiza la naturaleza de las sociedades industrializadas, sino en nuestra idea de las menos desarrolladas. Además, las dos perspectivas se hallan vinculadas a posturas políticas diferentes; los autores de izquierda adoptan en general los puntos de vista de la primera columna, mientras que los liberales y conservadores hacen suyos los de la segunda. Sin embargo, los factores que influyen en este dilema tienen un carácter más directamente empírico que los relacionados con los anteriores. Los estudios empíricos de los procesos de desarrollo de las sociedades modernas y de los países menos desarrollados nos ayudan a valorar de qué modo las pautas de cambio se ajustan a una de las dos posiciones.

Últimas teorías

Los problemas relativos al dilema 4 siguen teniendo importancia, pero hay teóricos más recientes que han intentado ir más allá de Marx y de Weber. Con el derrumbamiento del comunismo en Europa del Este en 1989, las ideas de Marx parecen tener menos importancia que antes para el mundo contemporáneo.

De hecho, muchos estudiosos, entre ellos algunos que antes fueron marxistas, ahora descartan por completo a Marx. Creen que su intento de hallar pautas históricas generales estaba inevitablemente condenado al fracaso. Para tales pensadores, vinculados al *posmodernismo*, los sociólogos no tienen más remedio que renunciar por completo a las teorías que tanto Marx como Weber pretendían desarrollar, es decir, las interpretaciones globales del cambio social.

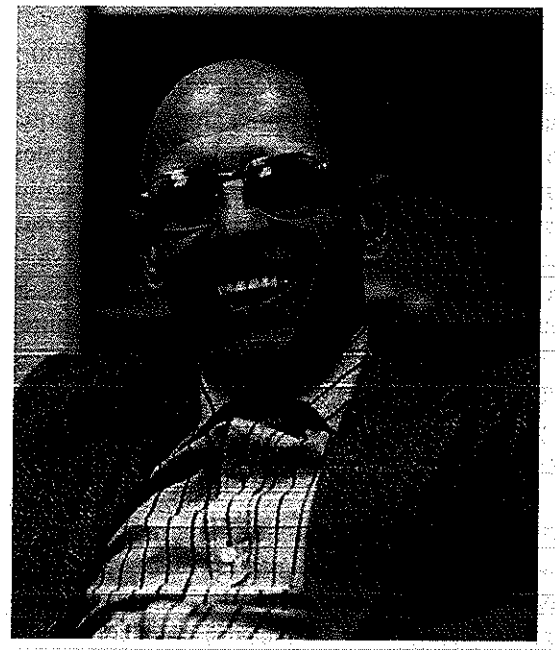
La teoría posmoderna

Los defensores de la **posmodernidad** sostienen que los pensadores sociales clásicos se inspiraban en la idea de que la historia tiene forma —es decir, que «va hacia algún sitio» y que conduce al progreso— y que ahora esa concepción se ha venido abajo. No hay ya «grandes narraciones» o **metanarraciones** —concepciones totales de la historia— que tengan sentido (Lyotard, 1985). No sólo no existe una idea de progreso general que pueda defenderse, sino que tampoco hay algo que pueda llamarse historia. El mundo posmoderno no está destinado a ser socialista, tal como esperaba Marx, sino que está dominado por unos medios de comunicación que «nos sacan» de nuestro pasado. La sociedad posmoderna es muy plural y diversa. Las imágenes circulan por el globo en incontables películas, vídeos y programas de televisión. Entramos en contacto con muchas ideas y valores que apenas tienen relación con la historia de las áreas en las que vivimos y, realmente, tampoco con nuestra propia trayectoria personal. Todo parece estar fluyendo constantemente. Como afirman un grupo de autores:

> Nuestro mundo se está reconstruyendo. La producción en serie, el consumo a gran escala, la gran ciudad, el Estado omnipotente, la desconcentración de la propiedad inmobiliaria y el estado-nación están en declive; la flexibilidad, la diversidad, la diferenciación, la movilidad, la comunicación, la descentralización y la internacionalización están en auge. En el proceso, se están transformando nuestra propia identidad, nuestra idea del yo, nuestra propia subjetividad. Nos encontramos en la transición a una nueva era (S. Hall y otros, 1988).

Uno de los teóricos más importantes de la posmodernidad es el autor francés Jean Baudrillard, cuya obra conocimos en el capítulo 15 («Las comunicaciones y los medios de masas»). Baudrillard también cree que los medios de comunicación electrónicos han destruido nuestra relación con el pasado y han creado un mundo caótico y vacío. En sus primeros años, Baudrillard estaba muy influido por el marxismo. Sin embargo, señala que la expansión de las comunicaciones electrónicas y de los medios de comunicación ha dado la vuelta a ese teorema marxista según el cual las fuerzas económicas conforman la sociedad. Por el contrario, la vida social está influida, primordialmente, por signos e imágenes. Aquí Baudrillard se apoya en el estructuralismo, retomando una idea planteada por Saussure: los significados los crean más las conexiones existentes entre las palabras que la realidad exterior.

En una época dominada por los medios de comunicación, sostiene Baudrillard, el significado se crea mediante un flujo de imágenes, como ocurre en los programas de televisión. Gran parte de nuestro mundo se ha convertido en una especie de universo de pega en el que respondemos a imágenes mediáticas más que a personas o lugares reales. Así, cuando en 1997 murió Diana, la princesa de Gales, se produjo en todo el mundo, no sólo en Gran Bretaña, una explosión de dolor. Sin embargo, ¿acaso la gente lamentaba la pérdida de una persona real? Baudrillard diría que no. Para la mayoría de la gente, la princesa Diana sólo existía en los medios de comunicación. Tal como la gente experimentó su muerte, ésta se parecía más a un acontecimiento de un serial televisivo que a un suceso real. Baudrillard habla de la «disolución de la vida dentro de la televisión».



Michel Foucault

Michel Foucault

Aunque se negaba a considerarse un posmoderno, Michel Foucault (1926-1984) se apoyó mucho en este pensamiento. En su obra intentó ejemplificar los cambios de interpretación que separan el pensamiento de nuestro mundo del de épocas anteriores. En sus escritos sobre la delincuencia, el cuerpo, la locura y la sexualidad Foucault analizó la aparición de instituciones modernas, como las cárceles, los hospitales y las escuelas, que han tenido un gran papel en el control y seguimiento social de la población. Quería mostrar que las ideas ilustradas sobre la libertad individual tienen «otra vertiente», relacionada con la disciplina y la vigilancia. En relación con las organizaciones modernas, Foucault aportó importantes ideas sobre la relación entre el poder, la ideología y el **discurso**.

Para la sociología, el estudio del poder —de qué manera logran los individuos y los grupos sus fines, en pugna con los de los demás— es de crucial importancia. Marx y Weber, entre los clásicos, hicieron un especial hincapié en el poder y Foucault ha seguido algunas de las líneas de pensamiento que ellos iniciaron. El discurso tiene un papel capital para su forma de abordar el poder y el control en la sociedad. Foucault utilizaba este término para referirse a formas de habla o de pensamiento sobre un determinado asunto que se ven unidas por presupuestos comunes. Demostró, por ejemplo, cómo los discursos sobre la locura habían cambiado de forma espectacular entre la época medieval y la actual. En la Edad Media, por ejemplo, a los dementes se les solía considerar inofensivos; algunos llegaban a pensar que podían tener un «don» de percepción especial. Sin embargo, en las sociedades contemporáneas, la «locura» se ha visto conformada por un discurso medicalizado que hace hincapié en la enfermedad y el tratamiento. Este tipo de discurso se apoya y se perpetúa en una red de doctores, expertos clínicos, hospitales, asociaciones profesionales y publicaciones médicas muy desarrollada e influyente.

En opinión de Foucault, el poder opera mediante el discurso para conformar las actitudes que tiene la población hacia fenómenos como la delincuencia, la locura o la sexualidad. Con frecuencia, los discursos expertos establecidos por quienes tienen el poder o la autoridad sólo pueden contrarrestarlos otros discursos rivales también expertos. De este modo, los discursos pueden utilizarse como una poderosa herramienta para restringir formas de pensamiento o de habla alternativas. El conocimiento se convierte en una fuerza de control. Foucault trata con mucha frecuencia en sus escritos de cómo se vinculan el poder y el conocimiento con las tecnologías de la vigilancia, de la aplicación de la ley y de la disciplina.

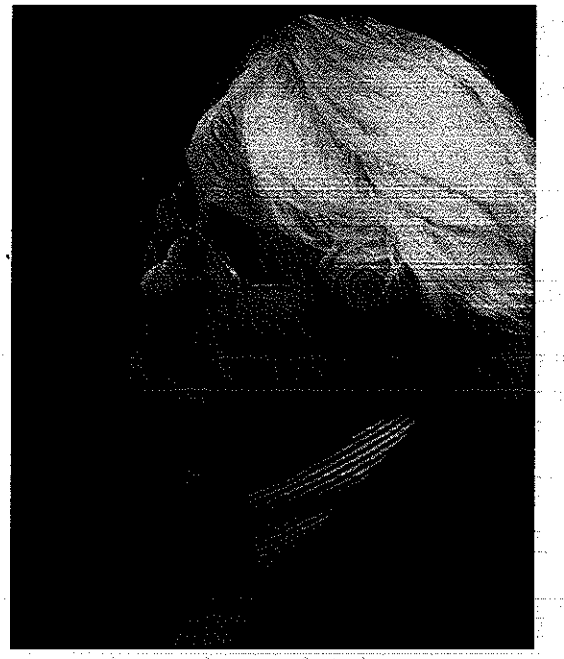
Esta forma de abordar la teoría social, nueva y radical, que tenía Foucault se opone frontalmente al consenso general sobre el carácter del conocimiento científico. Este enfoque, que caracterizó muchas de sus primeras obras, ha pasado a conocerse con el nombre de la «arqueología» de Foucault. A diferencia de otros sociólogos que pretenden dar sentido a lo desconocido mediante analogías con lo familiar, Foucault se propuso la tarea contraria: dar sentido a lo *familiar* ahondando en el pasado. Foucault atacó con energía el presente, es decir, los conceptos, creencias y estructuras que se dan por hechas y que, en general, son invisibles precisamente por ser familiares. Descubrió, por ejemplo, que la idea de «sexualidad» no siempre había existido, sino que se había creado con los procesos de desarrollo social. Comentarios similares se pueden hacer sobre nuestra concepción de lo que son actividades normales y desviadas, de lo que es la cordura y la locura, etc. Foucault intentó sacar a la luz los presupuestos que subyacen en nuestras creencias y prácticas y poner de manifiesto el presente «visible» accediendo a él desde el pasado. Sin embargo, no podemos tener teorías generales sobre la sociedad, el desarrollo social o la modernidad; sólo podemos comprender fragmentos de ellas.

Otros puntos de vista

Muchos otros pensadores han sido influidos por Foucault (véase el capítulo 12, pp. 452-458). La vigilancia —recoger información sobre la gente con el fin de controlar su comportamiento— es un fenómeno siempre presente en una sociedad marcada por el ascenso de los medios de comunicación. La mayoría de los teóricos contemporáneos acepta que las tecnologías de la información y los nuevos sistemas de comunicación, junto a otros cambios tecnológicos, están ocasionando grandes transformaciones sociales que nos afectan a todos. Sin embargo, la mayoría discrepan de las ideas principales del posmodernismo y de Foucault. Indican que nuestros intentos por comprender los procesos generales del mundo social están condenados al fracaso, del mismo modo que lo está la idea de que podemos mejorar el mundo. Autores como el español Manuel Castells y los alemanes Jürgen Habermas y Ulrich Beck, junto al autor de este libro (Anthohy Giddens), afirman que en la actualidad necesitamos más que nunca desarrollar teorías generales sobre el mundo social y que éstas pueden ayudarnos a intervenir en él con resultados positivos. Los sueños marxistas de una alternativa socialista para el capitalismo están muertos. Pero algunos de los valores que impulsaron el proyecto socialista —los de una comunidad social, los de igualdad y asistencia para los débiles y los vulnerables— siguen estando muy vivos.

Jürgen Habermas: la democracia y la esfera pública

Habermas reconoce que muchas de las ideas de Marx se han quedado obsoletas y busca en Weber otras alternativas. Sin embargo, también señala que hay que mantener algunos de los principios básicos que inspiraban el marxismo. No hay alternativa al capitalismo, ni debe haberla, ya que es un sistema que ha demostrado su capacidad para producir una enorme riqueza. No obstante, algunos de los problemas fundamentales que Marx identificó en la economía capitalista —como la tendencia a las depresiones o crisis económicas— siguen estando ahí. Necesitamos reinstaurar nuestro control sobre procesos económicos que ahora nos controlan más que nosotros a ellos.



Jürgen Habermas

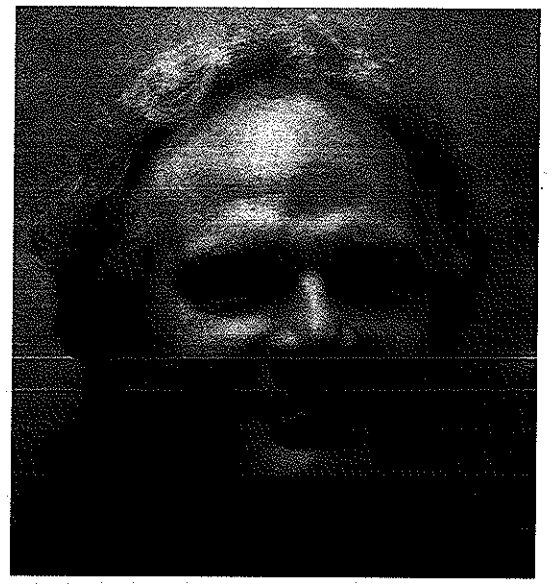
Según las propuestas de Habermas, una de las formas principales de lograr ese mayor control es mediante la recuperación de lo que él llama «esfera pública», que, en esencia, es el marco de la democracia. Habermas señala que los procedimientos democráticos tradicionales —los parlamentos y los partidos— no nos proporcionan bases suficientes para la toma de decisiones colectiva. Podemos renovar la esfera pública reformando los procedimientos democráticos e impulsando una participación más coherente de los órganos comunitarios y de otros grupos locales. Los medios de comunicación actuales sí producen algunas de las consecuencias señaladas por Baudrillard y otros autores. Sin embargo, también pueden tener una participación fundamental en el fomento de la democracia. Por ejemplo, cuando la televisión y los periódicos están dominados por intereses comerciales, no proporcionan centros democráticos de discusión. Sin embargo, la televisión y la radio públicas, junto a Internet, ofrecen muchas posibilidades para el desarrollo de un diálogo y un debate de carácter abierto.

Hay autoras feministas que han criticado a Habermas por no prestar la atención debida a la relación entre el género y la democracia. Para quienes le critican, durante mucho tiempo se ha partido de la base de que esa democracia era un ámbito principalmente masculino. Se afirma que Habermas debería prestar atención a las fórmulas que suele utilizar la democracia para impedir la participación plena de las mujeres. La mayoría de los parlamentos, por ejemplo, sólo cuentan con una minoría de parlamentarias. Del mismo modo, muchos debates políticos también tienden a quitar importancia a cuestiones que preocupan principalmente a las mujeres. En su obra principal, *La teoría de la acción comunicativa* (publicada en alemán en 1981), Habermas no dice prácticamente nada sobre el género. Nancy Fraser (1989) indica que al analizar la democracia el autor alemán trata la ciudadanía como un concepto neutral desde el punto de vista del género. Pero la ciudadanía ha solido desarrollarse de forma más favorable para el hombre que para la mujer. Por ejemplo, en la familia, ésta sigue ocupando, en líneas generales, una posición subordinada respecto al hombre. En consecuencia, la desigualdad en la vida familiar tiene una importancia insoslayable para la democracia del ámbito público.

Ulrich Beck: la sociedad del riesgo

Ya hemos abordado las ideas de Ulrich Beck en capítulos anteriores (en el 3, «Un mundo en cambio»). Beck también rechaza el pensamiento posmoderno. En vez de vivir en un

mundo que está «más allá de la modernidad», estamos entrando en una fase de lo que él denomina «la segunda modernidad», en la que las instituciones modernas se están haciendo más globales, mientras que la vida cotidiana se libera del control de las tradiciones y de las costumbres. La vieja sociedad industrial desaparece para ser sustituida por una «sociedad del riesgo». Lo que los posmodernos consideran el caos o la ausencia de pautas para Beck es riesgo o incertidumbre. La gestión del riesgo es el rasgo principal del orden global.



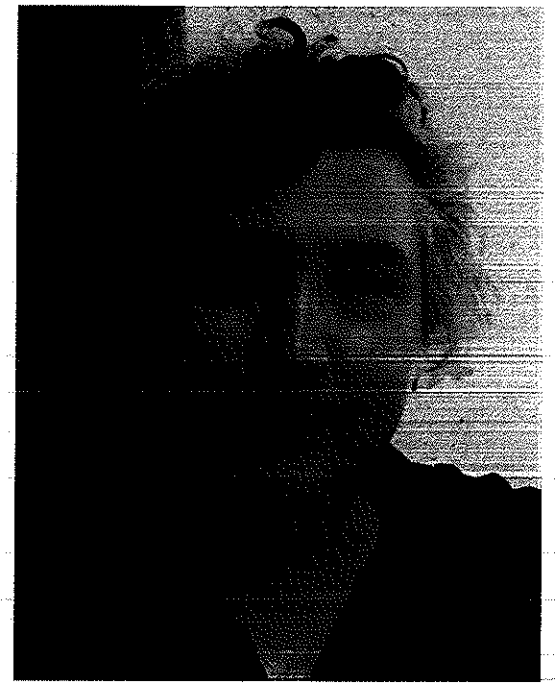
Ulrich Beck

El riesgo se convierte en algo esencial por varias razones. Al desarrollarse la ciencia y la tecnología se crean nuevas situaciones de riesgo, diferentes de las de épocas anteriores. Es evidente que la ciencia y la tecnología nos proporcionan muchos beneficios, pero crean riesgos difíciles de calibrar. En este sentido, nadie sabe con exactitud, por ejemplo, cuáles son los riesgos que conlleva la producción de alimentos genéticamente modificados.

En la vida cotidiana también hay muchas decisiones que se ven imbuidas de riesgos. En realidad, el riesgo y las relaciones de género están estrechamente relacionados. Muchas nuevas incertidumbres han entrado a formar parte de las relaciones entre los sexos. Tomemos por ejemplo el ámbito del amor y del matrimonio. Hace una generación, en las sociedades desarrolladas, el matrimonio era un proceso bastante sencillo de transición vital: se pasaba de no estar casado a estarlo, presuponiendo que esta situación era bastante permanente. Hoy en día, muchas personas cohabitan sin casarse, y los índices de divorcio son elevados. Cualquiera que contemple el establecimiento de una relación con otra persona debe tener en cuenta estos elementos y, por tanto, ha de calcular los riesgos que conlleva. El individuo debe calibrar las posibilidades que tiene de garantizar su propia felicidad y seguridad en este contexto incierto.

Beck no está diciendo que el mundo contemporáneo sea más arriesgado que el de épocas anteriores, sino que está cambiando el carácter de los riesgos que debemos afrontar. En la actualidad, el riesgo procede menos de peligros naturales que de las incertidumbres creadas por nuestro propio desarrollo social y por el de la ciencia y la tecnología.

Beck está de acuerdo con Habermas en que la nueva sociedad no anuncia el fin de los intentos de reforma social y política, sino que, más bien al contrario, en ella surgen nuevas formas de activismo. Se observa la aparición de un nuevo ámbito que Beck denomina «subpolítico», en el que se desarrollan las actividades de grupos y organismos —ecologistas, de consumidores o de defensa de los derechos humanos— que operan fuera de los mecanismos formales de la política democrática. La responsabilidad de la gestión del riesgo no debe dejarse únicamente en manos de los políticos o de los científicos: hay que incorporar a otros grupos de ciudadanos. Sin embargo, los grupos y movimientos que se desarro-



Manuel Castells

llan en el ámbito de la subpolítica pueden tener una gran influencia sobre los mecanismos políticos tradicionales. Por ejemplo, la responsabilidad de defender el medio ambiente, que antes sólo era competencia de militantes ecologistas, ahora ha entrado a formar parte del marco político convencional.

Manuel Castells: la economía red

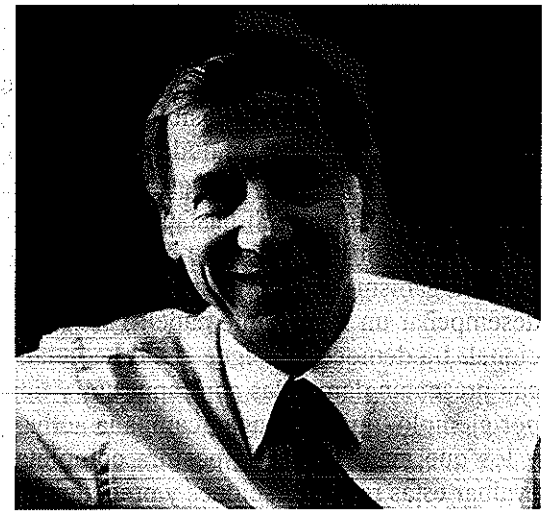
Al principio de su carrera académica Manuel Castells era marxista. Como experto en asuntos urbanos, pretendía aplicar las ideas de Marx al estudio de las ciudades. Sin embargo, en los últimos años se ha apartado del marxismo. Al igual que Baudrillard, se ha centrado en el impacto de los medios de comunicación y de las tecnologías de la información. Castells sostiene que la sociedad de la información se define por el ascenso de las redes y la aparición de una *economía red*. Este nuevo modelo económico, que depende de las conexiones aportadas por las comunicaciones globales, es sin duda capitalista. Sin embargo, hoy en día, la economía y la sociedad capitalistas son bastante diferentes de lo que eran antes. La expansión del capitalismo ya no se basa fundamentalmente, como creía Marx, en la clase obrera o en la manufactura de bienes materiales. Por el contrario, las bases de la producción son las telecomunicaciones y los ordenadores.

Castells no incide mucho en la influencia que tienen estos procesos en las relaciones de género. Sin embargo, sí se ocupa bastante de sus consecuencias para la identidad y la vida cotidiana. En la sociedad red la identidad personal se convierte en algo bastante abierto. Ya no tomamos nuestra identidad del pasado; tenemos que conformarla activamente en nuestras interacciones con los demás. Esto afecta directamente a la familia y también, de un modo más general, a la estructura de las identidades masculina y femenina. Los hombres y las mujeres ya no toman sus identidades de los roles tradicionales. En este sentido, el «lugar» de la mujer solía ser la casa, mientras que el del hombre era «trabajar fuera». En la actualidad, esta división se ha venido abajo.

Para Castells, la nueva economía global es un «autómata»: al igual que Habermas, piensa que ya no controlamos del todo el mundo que hemos creado. En este sentido, las afirmaciones de Castells se hacen eco de las realizadas hace un siglo por Weber, para quien el aumento de la burocracia nos encarcelaría a todos en una «jaula de hierro». En palabras de Castells, «esa pesadilla de la humanidad en la que vemos a nuestras máquinas hacerse con el control del mundo parece estar a punto de hacerse realidad, no a través de robots que eliminan empleos o de gobiernos informáticos que controlan nuestra vida de forma policial,

sino como sistemas electrónicos que realizan transacciones financieras» (2000: 56).

Sin embargo, Castells no ha olvidado por completo sus raíces marxistas. Piensa que puede ser posible recuperar un control más efectivo del mercado global, no mediante ninguna revolución, sino a través de los esfuerzos colectivos de unas organizaciones internacionales y de unos países a los que les viene bien regular el capitalismo internacional. Castells concluye que, con frecuencia, las tecnologías de la información pueden servir para dar poder a las comunidades locales y para renovarlas. Cita como ejemplo el caso de Finlandia, la sociedad de la información más desarrollada del mundo. Todos los colegios del país están conectados a Internet, y la mayoría de la población tiene conocimientos informáticos. Al mismo tiempo, Finlandia mantiene un consolidado y eficiente Estado de bienestar, que ha sido remodelado para responder a las necesidades de la nueva economía.



Anthony Giddens

Anthony Giddens: la reflexividad social

En mis propias obras también abordo de forma teórica los cambios que están teniendo lugar en el mundo actual. Vivimos en lo que denomino un mundo «que se nos escapa», un mundo caracterizado por nuevos riesgos e incertidumbres como los que ha diagnosticado Beck. Pero, junto al concepto de riesgo, debemos situar el de *confianza* en los individuos y las instituciones.

En un mundo que se transforma con rapidez, las formas de confianza tradicionales tienden a disolverse. La confianza en otras personas solía basarse en la comunidad local. Sin embargo, al vivir en una sociedad más globalizada, nuestra vida se ve influida por personas a las que nunca vemos o encontramos personalmente, y que pueden vivir al otro lado del mundo. Confianza significa fiarse de «sistemas abstractos», es decir, de organismos que regulan nuestros alimentos, la purificación del agua o la eficacia del orden bancario. La confianza y el riesgo están estrechamente imbricados. Para afrontar los riesgos que nos rodean y darles una respuesta adecuada necesitamos confiar en esos organismos.

En mi opinión, vivir en una era de la información conlleva un incremento de la **reflexividad** social: pensar y reflexionar constantemente sobre las circunstancias en las que desarrollamos nuestra vida. Cuando las sociedades se orientaban más a la costumbre y a la tradición la gente podía hacer las cosas de forma menos reflexiva. Para nosotros, cosas que las generaciones anteriores simplemente daban por hechas se convierten en cuestiones sobre las que hay que decidir. Por ejemplo, durante cientos de años no se dispuso de métodos eficientes para controlar el tamaño de la familia. Con los modernos métodos anticonceptivos

y otras tecnologías que afectan a la reproducción, los padres no sólo pueden decidir cuántos hijos quieren tener, sino que incluso pueden elegir su sexo. Por supuesto, estas nuevas posibilidades están erizadas de problemas éticos.

No hemos perdido irremisiblemente el control sobre nuestro propio futuro. En una época global, las naciones sin duda han perdido parte del poder que solían tener. Por ejemplo, los países tienen menos influencia que antes sobre sus políticas económicas. Sin embargo, los gobiernos conservan bastante poder. Si cooperan unos con otros pueden reunirse para reafirmar su influencia sobre este mundo que se nos escapa. Los grupos que Beck señala —los organismos y movimientos que trabajan fuera del marco político formal— pueden desempeñar un importante papel. Pero no van a sustituir a la política democrática convencional. La democracia sigue siendo crucial, porque los grupos del ámbito de la «subpolítica» presentan demandas contrapuestas y tienen intereses diversos. Entre ellos pueden estar, por ejemplo, quienes hagan campaña activa para lograr una mayor tolerancia con el aborto y los que mantienen una postura completamente opuesta. El gobierno democrático debe evaluar estas reivindicaciones y preocupaciones diversas y tomar postura ante ellas.

La democracia no puede limitarse a la esfera pública tal como la define Habermas. En la vida cotidiana está surgiendo una potencial «democracia de las emociones» que tiene que ver con la aparición de tipos de vida familiar en los que los hombres y las mujeres participan en pie de igualdad. Prácticamente todos los tipos de familia tradicional se basaban en el dominio del hombre sobre la mujer, algo que generalmente se consagraba por ley. La creciente igualdad entre los sexos no puede limitarse al derecho al voto; también debe afectar a las esferas personal e íntima. La democratización de la vida privada avanza hasta llegar a un punto en el que las relaciones se basan en el respeto mutuo, la comunicación y la tolerancia.

Conclusión

¿Es posible que nos encontremos hoy en día al comienzo de una importante fase del desarrollo de la teoría sociológica? Las ideas de los pensadores clásicos —Marx, Durkheim y Weber— se formaron en una época de grandes cambios sociales y económicos. Vivimos en un período de transformaciones que probablemente sean igual de profundas y que, además, se perciben en todo el mundo. Necesitamos desarrollar teorías que nos permitan comprender las nuevas situaciones que están transformando nuestras sociedades en la actualidad. Las que acabamos de analizar se cuentan entre las aportaciones más importantes a esta empresa.

Puntos fundamentales

1. En sociología (y en otras ciencias sociales) existen diversos enfoques teóricos. La razón de ello no es particularmente enigmática: las disputas teóricas no son en absoluto fáciles de resolver, ni siquiera en las ciencias naturales, y, en sociología, nos enfrentamos a dificultades añadidas a causa de los complejos problemas que se plantean al someter a estudio nuestro propio comportamiento.

2. La tesis de Weber sobre la influencia del puritanismo en el desarrollo económico contemporáneo proporciona un buen ejemplo para considerar qué es lo que da valor a una teoría. Las ideas de Weber siguen siendo polémicas, pero, en ciertos sentidos, su teoría fue pionera y alentó investigaciones posteriores.
3. En sociología, el enfrentamiento entre diversas perspectivas sociológicas lleva nuestra atención a diversos dilemas teóricos fundamentales. Uno de los principales tiene que ver con el modo de relacionar la acción humana con la estructura social. ¿Somos los creadores de la sociedad o nos crea ella a nosotros? La elección entre estas dos alternativas no es tan terrible como pudiera parecer a primera vista, y el auténtico problema es cómo relacionar estos dos aspectos de la vida social.
4. El segundo dilema tiene que ver con si las sociedades son armoniosas y ordenadas o si, por el contrario, están marcadas por un conflicto permanente. De nuevo, las dos perspectivas no son totalmente excluyentes, y es preciso mostrar de qué manera se interrelacionan el consenso y el conflicto. Los conceptos de ideología y de poder resultan de gran utilidad para esta labor.
5. El tercer dilema fundamental tiene que ver con el género y, en concreto, con si debemos incorporarlo a una teoría sociológica general. Aunque este asunto apenas ha figurado en las tradiciones sociológicas convencionales, las teóricas feministas han producido cambios tanto en los hechos *sobre* los que piensan los sociólogos como en su forma de hacerlo.
6. El cuarto foco de continuos debates en sociología está relacionado con el análisis del desarrollo social moderno. ¿Los procesos de cambio en el mundo moderno se deben principalmente al desarrollo económico capitalista o a otros factores, incluyendo los no económicos? Las posiciones que se adoptan en este debate están influidas en parte por las ideas y actitudes políticas de cada sociólogo.
7. Al abordar los problemas del desarrollo social, los teóricos más recientes han intentado superar tanto a Marx como a Weber. Los pensadores posmodernos niegan categóricamente que se puedan desarrollar teorías históricas o sociales de carácter general. Para Baudrillard los medios de comunicación electrónicos han destruido nuestra relación con el pasado, creando un mundo en el que el significado no lo crea una realidad estable, sino un flujo de imágenes.
8. Otros teóricos critican el posmodernismo, señalando que todavía es posible desarrollar teorías generales sobre el mundo social que nos permitan intervenir en él y mejorarlo. Entre ellos están Habermas, con su idea de «esfera pública», Beck y «la sociedad del riesgo», Castells y la «sociedad red» y Giddens con sus planteamientos sobre el concepto de reflexividad social y las implicaciones que tiene para la forma de vivir —y de pensar— nuestra vida.

Cuestiones para una posterior reflexión

1. ¿Por qué la sociología depende tanto del pensamiento teórico?
2. ¿La obra de Weber sobre la ética protestante es una teoría única o un conjunto de teorías de alcance medio?
3. ¿Qué aporta el estudio del lenguaje al de la sociedad?

4. ¿Puede incorporarse realmente el problema del género a las actuales perspectivas teóricas?
5. ¿Los «dilemas» existentes dentro de la sociología son tan difíciles de resolver como parece?
6. ¿Hasta qué punto están en deuda con Marx, Weber y Durkheim las últimas tendencias de la teoría sociológica?

Lecturas complementarias

Patrick Baert (1998): *Social Theory in the Twentieth Century,* Cambridge, Polity. [Ed. cast.: *La teoría social en el siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.]

Anthony Giddens (1992): *Capitalism and Modern Social Theory*, edición revisada, Cambridge, Cambridge University Press. [Ed. cast.: *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 1992.]

David Harvey (1989): *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell.

Charles Wright Mills (1979): *The Sociological Imagination,* Harmondsworth, Penguin. [Ed. cast.: *La imaginación sociológica*. México, FCE, 1974.]

Glosario

Acoso sexual Insinuaciones, comentarios o comportamientos de tipo sexual que una persona plantea a otra que no los desea y en los que persiste, aunque está claro que esa segunda persona se resiste a ellos.

Agentes de socialización Grupos o contextos sociales en los que tienen lugar los procesos de socialización. La familia, los grupos de amigos, los colegios, los medios de comunicación y el ámbito laboral son lugares en los que se produce este aprendizaje cultural.

Aldea global Concepto relacionado con el autor canadiense Marshall McLuhan, para quien la expansión de las comunicaciones electrónicas estaba convirtiendo el mundo en una pequeña comunidad. De este modo, personas de muchas partes del mundo siguen los mismos acontecimientos a través de programas de televisión.

Alfabetización Índice que señala la capacidad de leer y de escribir que tienen los individuos.

Alienación Sensación de que nuestras propias capacidades como seres humanos son asumidas por otras entidades. El término fue originalmente utilizado por Marx para referirse a la proyección de las facultades humanas sobre los dioses. Más tarde lo usó para aludir a la pérdida de control por parte de los trabajadores de la naturaleza de sus cometidos y del producto de su trabajo. Feuerbach utilizó el término para referirse a la instauración de dioses o fuerzas divinas ajenas a los seres humanos.

Amplificación de la desviación Consecuencias no deseadas que se pueden producir cuando un organismo de control, al colgar a un comportamiento la etiqueta de desviado, provoca realmente su propagación. Por ejemplo, la reacción de la policía, de los medios de comunicación y del público ante lo que se percibe como actos desviados puede «amplificar» una determinada tendencia, creando una «espiral de desviación».

Analfabetismo funcional Falta de capacidades lingüísticas o numéricas suficientes para enfrentarse a la vida cotidiana.

Análisis comparativo El que se basa en la comparación entre diferentes sociedades o culturas.